

caño; llevóle después de haberle cubierto con un pañuelo para que el ejército no reconociese al ilustre herido. A esta noticia apodérase del estado mayor prusiano una noble cólera; el respetable Mollendorf, no queriendo sobrevivir á esta jornada, avanzó denodadamente y cae también mortalmente herido. El rey mismo y los príncipes corren al peligro como los últimos soldados: pierde el rey su caballo sin retirarse del fuego; llega por fin la división de Orange, divídese en dos brigadas, va la una á socorrer á la división de Wartensleben á la izquierda de Hassenhausen (izquierda de los franceses) para tratar de tomar la posición envolviéndola, y va la otra á cubrir á la derecha el hueco que dejó la división de Schmettau para asaltar á Hassenhausen. Esta segunda brigada debía principalmente detener á la división de Friant, que empezaba á ganar terreno por el flanco del ejército prusiano.

Presente siempre el mariscal Davout en el mayor peligro, empuja por la derecha á la división de Friant, la cual cambia un nutrido tiroteo con la brigada de la división de Orange que le sale al encuentro. Al mismo tiempo en el centro, esto es, en el pueblo mismo, infunde ánimo en los corazones anunciando la llegada de Morand. Por la izquierda, donde por fin asoma éste, corre Davout á formar aquella división, que era, si no la más valiente porque todas lo eran en un mismo grado, la más numerosa. Conducía el intrépido Morand cinco regimientos, el 13 de ligeros y los 61, 51, 30 y 17 de línea; estos cinco regimientos presentaban nueve batallones, por haber quedado el décimo guardando el puente de Kosen, y ocupaban el terreno llano que se extiende por la izquierda de Hassenhausen. Los prusianos habían dispuesto en este terreno una numerosa artillería, amenazando con sus bocas á cualquier fuerza que por aquel lado asomase; los nueve batallones tenían que desembocar, después de haber subido por las rampas de Kosen, en la mesa bajo la metralla del enemigo, y desfilar, no obstante, unos en pos de otros, formándose en línea al tiempo de llegar, á pesar de las repetidas descargas del ejército prusiano. Asoma primero el 13 de ligeros, se forma y marcha rápidamente hacia adelante, pero por haberse aproximado con exceso, se ve precisado á replegarse sobre los otros regimientos; seguiale el 61, y aunque fué recibido como el 13, no se desconcierta. Un soldado á quien sus compañeros apelidaban el emperador, por causa de cierta semejanza que con Napoleón tenía, viendo que su compañía empezaba á aflojar se puso á su frente y plantado como un árbol les gritó: ¡Amigos míos, seguid á vuestro emperador! - Siguiéronle todos formando una masa compacta bajo una lluvia de metralla. Los nueve batallones desfilaron todos en columna llevando su artillería en los intervalos de uno á otro. Mientras guiaba sus batallones recibió en la cabeza un balazo de fusil vizcaíno, que, taladrando su sombrero por la escarapela, le quitó un mechón de pelo sin tocarle al cráneo. Los nueve batallones se plantan enfrente de la línea enemiga, y hacen retroceder á la división de Wartensleben y á la brigada de Orange que acude á sostenerla. Dejan ganando terreno expedito el flanco de Hassenhausen, y obligan á la división de Schmettau á replegar sus alas que había extendido rodeando al pueblo. Después de un tiroteo bastante prolongado, la división de Morand ve amon-

tonarse sobre su cabeza una nueva tormenta; era una masa enorme de caballería que parecía reunirse detrás de las filas de la división de Wartensleben. Llevaba el ejército real consigo la parte mejor y más numerosa de la caballería prusiana; su fuerza era de unos catorce á quince mil jinetes, montados en arrogantes caballos, y acostumbrados á las maniobras en largos ejercicios. Quisieron los prusianos intentar con aquella gran masa de caballos un esfuerzo á la desesperada contra la división de Morand, y en el terreno llano que media entre el pueblo de Hassenhausen y el Saale se lisonjaban de poderla arrollar bajo sus cascos ó de precipitarla por las rampas de Kosen abajo. Si triunfaban, rota la izquierda del ejército francés, circunvalado en Hassenhausen y amilanado Gudín dentro del pueblo, la división de Friant no tenía más remedio sino emprender la retirada á paso de carrera; pero el general Morand, al ver aquella enorme masa, dispone en cuadro siete de sus batallones, y deja los dos restantes desplegados para comunicarse con el pueblo. Sitíase él en uno de estos cuadros y el mariscal Davout en otro, y se disponen á recibir á pie firme la mole de enemigos pronta á caerles encima. Abrense de repente las filas de la infantería de Wartensleben y vomitan torrentes de caballería prusiana, cuya fuerza no baja á la sazón de diez mil caballos, conducidos por el príncipe Guillermo. Emprenden una serie de cargas que se renuevan repetidas veces; nuestros intrépidos peones, esperando con serenidad la voz de sus oficiales, dejan otras tantas á los escuadrones enemigos llegar hasta cerca de treinta ó cuarenta pasos de sus líneas; y hacen descargas tan uniformes y tan mortíferas que derriban jinetes y caballos á centenares, alzándose de este modo un baluarte de cadáveres. En los intervalos de una á otra carga el general Morand y el mariscal Davout pasaban de unos cuadros á otros para infundir aliento á los soldados con su presencia. La caballería prusiana reitera con furor sus impetuosos asaltos, pero no consigue nunca llegar hasta nuestras bayonetas; y por último, después de repetir con frecuencia tan tumultuosa escena, se retira desalentado detrás de su infantería.

Entonces el general Morand, rompiendo sus cuadros, despliega sus batallones, los forma en columnas de ataque y los dirige contra la división de Wartensleben. La infantería prusiana atacada con ímpetu retrocede ante nuestros soldados, y en su movimiento retrógrado desciende hasta la orilla del arroyo. Al mismo tiempo el general Friant por la derecha obliga á la primera brigada de la división de Orange á replegarse, y con este doble movimiento la división de Schmettau, envuelta en sus dos alas y horriblemente diezmada, se ve reducida á abandonar el campo y á alejarse del pueblo de Hassenhausen que con tanta violencia había disputado á la división de Gudín.

De este modo las tres divisiones prusianas fueron repelidas al otro lado del arroyo pantanoso que atraviesa el campo de batalla. Detúvose allí un instante el ejército francés á tomar algún respiro, porque este combate desigual duraba hacia seis horas y nuestros soldados morían de fatiga. La división de Gudín, encargada de defender á Hassenhausen, había sufrido una enorme pérdida; la división de Friant fué menor, y la división de Morand, poco maltratada por la caballería como

toda infantería no vencida en cuadro, aunque más dañada por la artillería, se hallaba aún en muy buen estado para combatir; las tres divisiones estaban dispuestas á volver á empezar en caso necesario para hacer frente á las dos divisiones prusianas que habían quedado de reserva, espectadoras del combate en la ladera opuesta de la hondonada en que se daba la batalla. Estas dos divisiones de reserva de Kuhnheim y de Arnim, á las órdenes del mariscal Kalkreuth, sólo esperaban la señal de entrar á su vez en línea para renovar la lucha.

Entretanto el rey de Prusia había llamado á consejo. El general Blücher opinaba que se reuniese la masa entera de la caballería á las dos divisiones de reserva para lanzarse sobre el enemigo en combate á muerte, el rey participó en un principio de esta opinión; pero se le observó que esperando un solo día, podrían llegar el príncipe de Hohenlohe y el cuerpo del general Rústel, y que con estas fuerzas, reunidas á las del ejército real, sería posible derrotar á los franceses. La suposición no era muy fundada, porque á poder ellos contar con la agregación de los cuerpos de Hohenlohe y Rústel, también los franceses podrían contar con el refuerzo del grande ejército; por lo tanto ninguna decisión era preferible á la de intentar un último esfuerzo, en seguida y con la resolución de vencer ó morir, aun cuando este mismo azar no apareciera favorable, atendido el estado de las divisiones de Friant y de Morand. Sin embargo, se dispuso la retirada. El rey había hecho alarde de una valentía poco común, pero una cosa es el valor y otra cosa es el carácter; por otra parte debe servirle de disculpa el profundo desaliento de los ánimos á su alrededor.

El movimiento de retirada empezó por la tarde. El mariscal Kalkreuth avanzó para protegerla con sus dos divisiones de refresco. El general Morand aprovechó un accidente del terreno llamado el Sonneberg, que estaba situado á la izquierda del campo de batalla, para situar baterías que hacían sobre la derecha de los prusianos un fuego sumamente molesto. El mariscal Davout puso en movimiento sus tres divisiones y las llevó enérgicamente al otro lado del arroyo. A pesar del fuego de las divisiones de reserva, continuaron los franceses avanzando hasta acercarse á ellas á tiro de fusil, y las obligaron á emprender la retirada precipitadamente, aunque en verdad sin desorden. Si el mariscal Davout hubiera tenido á su disposición los regimientos de dragones conducidos la víspera por el mariscal Bernadotte, hubiera hecho miles de prisioneros; cogió sin embargo más de tres mil, además de ciento quince cañones: ganancia enorme para un cuerpo que no poseía más que cuarenta y cuatro. Al llegar al otro lado de la hondonada donde había sido la batalla, detuvo á su infantería, y divisando en las cercanías de Apolda las tropas del mariscal Bernadotte, invitó á éste á caer sobre el enemigo y á recoger los prisioneros que su cuerpo extenuado de fatiga no podía perseguir por más tiempo. Los soldados del mariscal Bernadotte, que estaban comiendo su rancho á la salida de aquel pueblo, murmuraban indignados y se preguntaban unos á otros si para nada servían en aquel momento.

La pérdida del ejército prusiano fué de tres mil prisioneros y nueve ó diez mil muertos ó heridos, sin contar el duque de Brunswick, el mariscal de Mollendorf y

el general Schmettau que fueron heridos mortalmente, y con especialidad un número inmenso de oficiales que cumplieron su deber como valientes. El cuerpo del mariscal Davout sufrió también grandes pérdidas; de veintiséis mil hombres contaba siete mil fuera de combate; los generales Morand y Gudín estaban heridos; el general de Billy fué muerto; la mitad de los jefes de brigada y coroneles ó murieron ó recibieron grandes heridas. Nunca jornada alguna fué más mortífera ni sangrienta para las armas francesas después de la de Marengo, ni se dió jamás por general ninguno y por sus soldados ejemplo más ruidoso de heroica firmeza.

El ejército real se retiró protegido por las dos divisiones de reserva que conducía el mariscal Kalkreuth. El punto de reunión asignado á todos los cuerpos que se habían desorganizado durante la batalla era Weimar, detrás del príncipe de Hohenlohe, á quien se suponía aún sano y salvo. Encaminóse allá el rey, muy abatido, aunque confiando, si no en un cambio de fortuna, al menos en una retirada en buen orden, merced á los setenta mil hombres del príncipe de Hohenlohe y del general Rústel. Iba marchando acompañado de un grueso destacamento de caballería, cuando á la espalda del campo de batalla de Jena divisó las tropas del mariscal Bernadotte. Su vista le persuadió desde luego de que el ejército del príncipe de Hohenlohe había sufrido algún revés, y dejó precipitadamente el camino de Weimar para tomar por la derecha el de Sommerda; pero pronto se conoció la verdad completa, porque el ejército del príncipe de Hohenlohe iba buscando en aquel mismo instante en el ejército del rey el apoyo que éste buscaba en el del príncipe. Encontráronse en deshechas bandadas que huían en todas direcciones, y dijéronse unos á otros que habían sido vencidos, cada cual por su lado. A esta noticia llegó á su colmo el desorden, que en el ejército del rey fué en un principio menor por no ser perseguido; un pánico repentino se apoderó de todos los corazones, y todos empezaron á correr confusamente por los caminos y senderos, imaginándose ver doquiera al enemigo, y equivocando los mismos fugitivos llenos de espanto con los franceses victoriosos. Para colmo de desgracia tropezaban en los caminos con aquellas inmensas moles de bagajes, que el ejército prusiano afinado por una larga paz arrastraba en su séquito, y entre los cuales iban numerosos bagajes reales, que aunque poco en armonía con la sencillez personal del rey Federico Guillermo, había hecho necesarios la asistencia de la corte. Por evitar el peligro los soldados de los dos ejércitos prusianos, miraban como una calamidad aquellos obstáculos que se oponían á la rapidez de su fuga; al encontrarlos variaba de dirección la caballería y se lanzaba por los campos salvándose por escuadrones aislados; la infantería rompía sus filas asolando y derribando aquellos almacenes incómodos y dejando al vencedor el cuidado de saquearlos, porque lo que más les importaba era huir. Las dos divisiones del mariscal Kalkreuth, únicas que permanecían en buen orden, se contagiaron en breve por la desesperación general, y á pesar de la entereza de su jefe empezaron á desbandarse. Los cuadros se iban poco á poco desorganizando, y los soldados que no habían participado de las pasiones de sus oficiales, tenían por más expedito substraerse á las consecuencias de la derrota abandonando sus armas y ocultándose en los



bosques. Estaban los caminos como sembrados de mochilas, fusiles y cañones: así se retiraba ahora el ejército prusiano por las llanuras de la Turingia hacia las montañas de Hartz, presentando un espectáculo muy distinto del que pocos días antes había ofrecido cuando prometía mostrarse con los franceses muy de otro modo que los austriacos ó los rusos (1).

El ejército de Hohenlohe huía, parte por la derecha hacia Sommerda, parte por la izquierda hacia Erfurt y más allá de Weimar. La mitad del ejército real que había desamparado primero el campo de batalla con orden de encaminarse á Weimar, hallando esta ciudad en poder del enemigo, se dirigía á Erfurt llevando consigo á sus jefes mortalmente heridos, el duque de Brunswick, el mariscal de Mollendorf y el general Schmettau. El resto del ejército marchaba hacia Sommerda, no porque se le hubiese mandado, sino porque Sommerda y Erfurt eran las ciudades que encontraban á la espalda del punto donde había sido el combate. A ningún jefe le fué posible mandar cosa alguna desde que el vértigo del terror se apoderó de todos los soldados: el rey escoltado por unos cuantos caballos marchaba hacia Sommerda; al príncipe de Hohenlohe, que se había retirado con mil doscientos ó mil quinientos caballos, no le quedaban ni siquiera doscientos cuando á la mañana siguiente (día 15) llegó á Tennstadt. Él y el rey preguntaban el uno por el otro; pero ningún jefe sabía donde estaban los demás generales.

No sufrieron en aquella terrible noche los vencedores menos que los vencidos; porque tuvieron que pasarla tendidos por el suelo, yertos de frío, sin tener casi qué comer, y sin otro descanso después de una jornada de combate, naturalmente poco productiva en víveres. Muchos de ellos, más ó menos gravemente heridos, yacían en tierra mezclados con los heridos enemigos, y confundiendo con ellos sus clamores, porque ni los hospitales ambulantes mejor organizados hubieran podido recoger en tan breve intervalo doce ó quince mil heridos. Movido de su natural compasión, tanto como de su cálculo, el mismo Napoleón en persona vigiló durante muchas horas su busca y asistencia, y en seguida volvió á Jena, donde le dieron la noticia de una segunda victoria más gloriosa aún que la que se había conseguido á su presencia, redoblando de este modo también para él la satisfacción. Al principio no podía dar crédito á todo lo que le escribían, porque una carta que le mandaba el general Bernadotte para justificar con una mentira su imperdonable conducta, le decía que el mariscal Davout apenas tenía unos nueve ó diez mil hombres que combatir. Un oficial de este mariscal, el capitán Trobriand, le había ido á manifestar que iban á habérselas con setenta mil hombres; él no pudo dar crédito á sus palabras, y le contestó: — Su mariscal de usted ve los enemigos duplicados. — Pero cuando supo todos los pormenores experimentó el júbilo más intenso, y colmó de elogios, y muy en breve de recompensas, al tercer cuerpo por su admirable conducta. Mucho le indignó, aunque le sorprendió poco, la del mariscal Bernadotte: al pronto quiso hacer con él un escarmiento, y hasta pensó hacerle juzgar en un consejo de guerra; pero ya por causa

(1) Nos limitamos en esto á reproducir el cuadro que los mismos oficiales prusianos han trazado en las diversas historias que han dado á luz.

(N. del A.)

de su parentesco, ya por cierta especie de debilidad en castigar de otro modo que con ásperas reprensiones, su resolución de mostrarse severo degeneró en una especie de antipatía que no trató de ocultar en manera alguna. El mariscal Bernadotte recibió cartas del príncipe Berthier y del mismo Napoleón, que no podían menos de hacerle profundamente desgraciado si tenía corazón de ciudadano y de soldado.

Al día siguiente fué enviado á Naumburgo el mariscal Duroc: llevaba éste una carta del emperador para el mariscal Davout con las más relevantes muestras de satisfacción para todo su cuerpo. — Tanto usted como sus soldados, señor mariscal, escribía Napoleón, han adquirido derechos eternos á mi estimación y reconocimiento. — Duroc tenía encargo de recorrer los hospitales, visitar los heridos, prometerles en su nombre magníficas recompensas, y prodigar el oro á cuantos estuviesen necesitados. La carta del emperador fué leída en las salas donde se habían aglomerado los enfermos, y aquellos infelices exclamando en medio de sus sufrimientos ¡viva el emperador!, sólo ansiaban recobrar la vida para consagrársela de nuevo.

Desde la mañana del día siguiente 15 de octubre trató Napoleón de aprovechar la victoria, y lo hizo con aquella actividad á que no llegó jamás ningún capitán antiguo ni moderno. Primeramente mandó á los mariscales Davout, Lannes y Augereau cuyos cuerpos habían sufrido mucho en la jornada del 14, que descansasen dos ó tres días en Naumburgo, Jena y Weimar; pero así el mariscal Bernadotte, cuyos soldados no habían quemado un cartucho, como los mariscales Soult y Ney que sólo habían enviado al combate parte de sus tropas, y Murat, cuya caballería sólo había tenido que sufrir el cansancio, fueron enviados á perseguir y atarazar al ejército prusiano y á recoger sus reliquias, fáciles de capturar en el estado de desorganización en que se encontraba. Murat, que había pernoctado en Weimar, recibió orden de pasar con sus dragones á Erfurt el 15 por la mañana, y Ney la de seguirle inmediatamente. El mariscal Soult debía marchar por Sommerda, Greussen, Sondershausen y Nordhausen, en persecución del ejército enemigo, y llevarlo arrollado por la Turingia hacia las montañas de Hartz, donde parecía en su desorden buscar un refugio. Al mariscal Bernadotte se le mandó encaminarse inmediatamente al Elba, tomando hacia la derecha del ejército por Halle y Dessau. Nótese de qué manera Napoleón, que con tanto cuidado concentraba sus fuerzas en la víspera de una gran batalla, una vez batido el enemigo las diseminaba como una anchurosa red para apoderarse de todos los dispersos, sabiendo modificar la aplicación de los principios de la guerra según lo requerían las circunstancias, y siempre con la exactitud y oportunidad que corroboran el triunfo.

Dadas estas órdenes, dedicó Napoleón algunos instantes á la política. La dirección que los prusianos seguían en su retirada los alejaba de Sajonia; además Napoleón tenía en su poder una parte considerable de las tropas de aquel país que se habían honrosamente batido, aunque muy poco satisfechas, tanto de la guerra á que se les había arrastrado, como del mal trato de que se creían con derecho á quejarse por parte de los prusianos. Hizo Napoleón que se reuniesen en Jena, en un salón de la universidad, todos los oficiales de las tropas

sajonas, y valiéndose de un empleado de los negocios extranjeros á quien hizo llamar, les dirigió un razonamiento que fué inmediatamente traducido. Díjoles que no sabía por qué razón estaba en guerra con su soberano, príncipe pacífico, prudente y digno de respeto; que él había empuñado la espada precisamente para librar á su país de la vergonzosa dependencia en que le tenía la Prusia, y que no concebía por qué los sajones y los franceses, que tan pocos motivos tenían para odiarse, habían de seguir combatiendo unos contra otros; que él por su parte estaba pronto á darles la primera prueba de sus amistosas intenciones, restituyéndoles la libertad y respetando á la Sajonia, siempre que ellos por su parte le prometiesen no volver á tomar las armas contra la Francia, y los principales de ellos fuesen á Dresde á proponer y hacer aceptar la paz. Los oficiales sajones llenos de admiración ante el personaje extraordinario que les hablaba, y conmovidos por la generosidad de sus proposiciones, respondieron con un juramento unánime de no volver á servir ni ellos ni sus soldados en aquella campaña. Algunos se ofrecieron á pasar inmediatamente á Dresde, prometiendo que antes de tres días estarían de vuelta con la aprobación de su soberano.

Con esta acción política se proponía Napoleón desarmar el patriotismo germánico tan excitado por las influencias de la Prusia, y al tratar con tanta afabilidad á un príncipe tan justamente respetado, adquirir el derecho de tratar con rigor á otro príncipe aborrecido por todos. Era éste el elector de Hesse, que con sus mentiras había contribuido á provocar la guerra, y que comenzada ésta se proponía traficar con su adhesión, resuelto á inclinarse á cualquiera de los dos potencias que favoreciese la victoria. Era un enemigo secreto consagrado á los ingleses, en cuya nación tenía depositadas sus riquezas. Al avanzar por la Prusia no quiso Napoleón consentir semejante enemigo á sus espaldas. Los principios de la guerra recomendaban deshacerse de él, cosa que no prohibían los de una política de buena ley, porque aquel príncipe había sido para la Prusia y para la Francia un vecino de mala fe; por lo tanto antes de internarse más mandó Napoleón al 8.º cuerpo dejar á Maguncia y dirigirse sobre Cassel, aunque esta fuerza no contase todavía más que unos diez ó doce mil hombres.

Mandó á su hermano Luis avanzar por la Westfalia sobre el Hesse, y reunirse al mariscal Mortier con doce ó quince mil hombres para contribuir á ejecutar el fallo de la victoria; pero no juzgando conveniente el encargar á uno de sus hermanos una comisión tan rigurosa, aconsejó al rey Luis que enviase sus tropas al mariscal Mortier, y que abandonase á éste el cuidado de consumir la expropiación de la casa de Hesse con toda la obediencia y probidad que le distinguían. El mariscal Mortier debía declarar que el elector de Hesse había dejado de reinar (fórmula ya adoptada con la casa de Nápoles), apoderarse de sus Estados en nombre de la Francia, y licenciar su ejército, ofreciendo llevar á Italia á los soldados hesseses que quisieran continuar sirviendo. Eran la mayor parte de éstos hombres robustos, bien disciplinados, muy acostumbrados á hacer la guerra fuera de su patria por cuenta de los que les pagaban, y principalmente de los ingleses, que los utilizaban en la

India con grandes ventajas; formaban un ejército de treinta y dos mil soldados de todas armas, y era muy apetecible el no dejar á la espalda aquella fuerza formidable, sobre todo habiendo de internarse en el Norte como proyectaba Napoleón.

Con estas diversas órdenes envió Napoleón al Rhin la nueva de sus ruidosos triunfos, que debía disipar las esperanzas de sus enemigos y los temores de sus aliados, y aumentar en los soldados que habían quedado dentro del imperio el anhelo de reunirse con el grande ejército. Según su costumbre agregó á ellas una multitud de instrucciones, sobre el llamamiento de reclutas, la organización de los depósitos, la salida de los destacamentos destinados á completar los cuadros y el arreglo de los negocios civiles que bajo su reinado jamás se entorpecieron por causa de las atenciones de la guerra. Desde Jena pasó Napoleón á Weimar donde encontró toda la corte del gran duque, inclusa la gran duquesa, hermana del emperador Alejandro, sin faltar más que el esposo de ésta que estaba encargado del mando de una división prusiana. Esta corte sabia y culta había hecho de Weimar la Atenas de la moderna Alemania, y bajo su protección Goethe, Schiller y Wieland vivían colmados de honores, de riquezas y de felicidad. La gran duquesa, á quien se acusaba de haber contribuido á la guerra, salió al encuentro de Napoleón, y llena de turbación por el tumulto que en torno de ella reinaba, exclamó al llegar á él: Señor, os recomiendo mis súbditos. — Ya veis, señora, lo que es la guerra, le respondió secamente Napoleón. — Pero limitó á esto su venganza; trató á esta corte enemiga, pero ilustrada, como hubiera Alejandro tratado á una ciudad de Grecia; estuvo en sumo grado cortés con la gran duquesa, no le mostró el menor descontento por la conducta de su marido, hizo respetar la ciudad de Weimar, y mandó tratar con todo esmero á los generales heridos de que estaba llena. Desde Weimar, tomando por la derecha, se encaminó á Naumburgo, para felicitar personalmente al cuerpo del mariscal Davout, mientras sus lugartenientes acosaban al ejército prusiano disperso.

El infatigable Murat entretanto había llegado á galope con sus escuadrones hasta Erfurt, y sitiado á la plaza, que aunque de mediana fuerza, estaba no obstante cercada de fuertes muros y provista de un material considerable. Llenaban su recinto los heridos y fugitivos, y se había trasladado á ella al mariscal de Mollendorf, para quien Napoleón había recomendado toda clase de miramientos. Intimó Murat á Erfurt la rendición, haciéndola sostener por la infantería del mariscal Ney; y como entre los amedrentados prusianos no había ninguno capaz de hacer frente á los franceses y de responder con una resistencia enérgica al ímpetu de su perseguiimiento, y como por otra parte los catorce ó quince mil refugiados que allí había, de los cuales seis mil estaban heridos y la mayor parte moribundos, y el inaudito desorden que entre ellos reinaba no eran buenos elementos de defensa, capituló la plaza en la tarde misma del día 15, y sacamos de ella además de los seis mil heridos prusianos, nueve mil prisioneros y un inmenso botín; hecho lo cual, Murat y Ney volvieron á emprender inmediatamente su marcha, persiguiendo al grueso del ejército prusiano.

Había enviado Murat á Weissensee los dragones de



Klein para interceptar los cuerpos que huían aislados. Estaba situada esta ciudad entre Sommerda, donde había pasado el rey la primera noche, y Sonderhausen, donde debía pasar la segunda. Adelantóse el general Klein á los prusianos, y al llegar allí el general Blücher con su caballería, se admiró mucho de que le hubiesen ganado la delantera los dragones de Murat. Habiendo solicitado parlamentar, entabló una especie de negociación con el general Klein, y alegando una carta escrita por Napoleón al rey de Prusia, en la cual se suponían ofrecimientos de paz, afirmó bajo su palabra que acababa de firmarse una tregua; el general Klein creyó en las palabras del general Blücher, y no opuso obstáculo alguno á su retirada; con este ardid de guerra se salvaron los restos del ejército prusiano. Pudieron por este medio el general Blücher y el mariscal Kalkreuth llegar hasta Gruessen; pero persiguiendo el mariscal Soult á estos cuerpos por el mismo camino al otro día 15 por la mañana, alcanzó en dicho punto á la retaguardia del mariscal Kalkreuth, quien para ganar tiempo repitió á su vez la fábula de un armisticio. El mariscal Soult no se dejó engañar; declaró que no creía en semejante tregua, y después de algunos momentos de vanas negociaciones, en que dejó tiempo á su infantería para formarse, acometió á Gruessen, lo entró á viva fuerza, y volvió á recoger muchos prisioneros, caballos y cañones. El día siguiente perseguidos y perseguidores se encaminaron hacia Nordhausen, abandonando aquéllos, bagajes, artillería y batallones completos. Llegaron á recogerse en todos los caminos más de doscientas bocas de fuego y muchos miles de prisioneros.

El rey de Prusia al llegar á Nordhausen encontró al príncipe de Hohenlohe, y engañado todavía sobre los talentos de este general que había sido batido lo mismo que el duque de Brunswick, pero que á los ojos del ejército tenía el mérito de haber censurado el plan del general en jefe, le substituyó en este cargo, si bien dejando el mando de las dos divisiones de la reserva al anciano Kalkreuth, que también tenía el mérito de haber criticado mucho todo cuanto se había hecho. Esta fué la única medida que tomó el rey después de tan gran desastre. Triste, silencioso, mostrando un gesto severo á los insensatos que habían querido la guerra, pero sin dirigirles los reproches consiguientes que ellos hubieran podido retornarle, puesto que si por su parte habían carecido de seso, él por la suya también había carecido de energía; se encaminó á Berlín, cuando para formar de todas aquellas reliquias un cuerpo que retrasase el paso del Elba, protegiese por cierto tiempo la capital replegándose hacia el Óder, y llevase á los rusos un contingente de algún valor, podía ser su presencia más útil que nunca, alentando y dando ánimos á los abatidos espíritus de su hueste, ya dividida y descontenta. Esta retirada fué un grave yerro, y poco digna del valor personal de que Federico Guillermo había hecho alarde durante la batalla. Sólo un acto añadió este monarca al nombramiento del príncipe de Hohenlohe, que fué escribir á Napoleón para manifestarle su sentimiento de estar en guerra con la Francia, y proponerle entablar acto continuo una negociación.

Después de dejar el rey el cuartel general sin ninguna instrucción militar á sus generales, obraron éstos sin el

menor concierto. El príncipe de Hohenlohe reunió los restos de los dos ejércitos, menos la reserva confiada al mariscal Kalkreuth, y formó con ellos tres destacamentos; dos de tropas medianamente organizadas, y el tercero con el pelotón de los huidos. Dirigió á los tres con un movimiento por la derecha, hacia el Elba, haciéndolos marchar por tres líneas de etapas diferentes, pero situadas en la misma inclinación de Nordhausen á Magdeburgo. Poco le hubiera aprovechado internarse en el Hartz, porque además de la falta de víveres, no ofrecía aquella cordillera ni bastante distancia, ni bastante capacidad para servir de asilo al ejército fugitivo; hubieranle perseguido por sus riscos los franceses, muy prácticos en las montañas, y aun quizá después de atravesada la cordillera se los hubieran encontrado de nuevo al otro lado, interceptando el camino del Elba. Era por lo tanto una buena determinación la de desviarse por la derecha, encaminándose en derechura hacia el Elba y Magdeburgo, sin embargo de entorpecer mucho la marcha el parque que llevaban de artillería de grueso calibre. Imaginaron por lo tanto confiarlo al general Blücher, el cual, rodeando por el opuesto lado las montañas de Hartz, por Osterode, Seesen y Brunswick, debía bajar á los llanos del Hannover sin que le persiguiesen los franceses, por cuanto era de presumir que éstos se arrojarían en masa en pos del grande ejército prusiano, y no irían á lanzarse en persecución de un destacamento separado por los ásperos caminos del Hesse. El general Blücher, pues, se encargó de escoltar el parque con dos batallones y un numeroso cuerpo de caballería. El duque de Weimar, que con la vanguardia se había metido en la selva de Turingia, salió al rumor de las dos batallas perdidas, y se extendía ya á la falda de las montañas, flanqueando á los dos cuerpos francés y prusiano lo más de lejos que podía; recibió á tiempo el aviso del movimiento que iba á ejecutar el general Blücher, y resolvió reunirse con él por Osterode y Seesen. El mariscal Kalkreuth, después de detenerse algunas horas en Nordhausen para cubrir la retirada, se encaminó directamente al Elba por debajo de Magdeburgo, satisfecho de sí solo, y descontento por haber tenido que servir sucesivamente bajo las órdenes de dos generales á quienes estimaba poco, creyendo, y no sin razón, haber merecido el mando en jefe.

Los mariscales Ney, Soult y Murat emprendieron la persecución del grande ejército prusiano á marchas forzadas, cogiéndole á cada paso prisioneros y material de guerra. Pero no era bastante largo el camino de Nordhausen á Magdeburgo para que tuviesen tiempo de adelantarse á los prusianos; no obstante, conseguían su objeto principal, que era no dejarlos descansar un solo día, quitándoles así todo recurso para reorganizarse y volver á presentar en el Elba un ejército de alguna consistencia.

Entretanto el mariscal Bernadotte había marchado sobre Halle para pasar allí el Saale y ocupar el Elba hacia Barby ó Dessau. Halle está situado en el Saale inferior, debajo de su confluencia con el Elster, y sobre su confluencia con el Elba. A su salida de Weimar para replegarse hacia este último río, protegido por el Saale, el duque de Brunswick había mandado al príncipe Eugenio de Wurtemberg que se encaminase á Halle para reunirse con el grande ejército prusiano.

Acudió el príncipe al punto señalado con un cuerpo de unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres, que constituía el último recurso de la monarquía, y procuró ocupar una buena posición para recoger el ejército vencido; pero habiendo éste tomado el camino de Magdeburgo, en su lugar asomó hacia el Halle el día 17 de octubre por la mañana un destacamento de tropas francesas. Era la división de Dupont que seguía á la sazón al cuerpo del mariscal Bernadotte. Apenas llegó á vista de Halle el general francés, que tenía orden de atacar, trató de reconocer personalmente la posición del enemigo. Dividese el Saale en varios brazos delante de la ciudad de Halle; para atravesarlo hay un puente de extremada longitud que cruza á un mismo tiempo praderas inundadas y varios brazos del río; guarnecía este puente una fuerza de artillería, y una división de infantería formaba á su frente. En los islotes que dividen el río, repartiendo en red sus aguas, se habían dispuesto baterías que enfilaban el camino por donde llegaban los franceses. Las puertas de la ciudad, que se alzan á la extremidad del puente, estaban defendidas con barricadas; por último, más allá, y en las alturas que dominan la corriente del Saale, se divisaba formado en batalla el cuerpo del ejército del príncipe de Wurtemberg. Había pues que cruzar el puente, forzar las puertas de Halle, penetrar en la ciudad, atravesarla y apoderarse de las alturas de su espalda: serie de dificultades casi insuperables. El general Dupont, que había dado los brillantes combates de Haslach y de Dirnstein, tomó al punto su resolución, decidido á repeler la fuerza apostada en la cabeza del puente, y á apoderarse después de la ciudad y de las alturas. Vuelve un momento atrás, toma la división del mariscal Bernadotte que éste había diseminado inoportunamente (1), y la dispuso del siguiente modo: situó en columna en el camino el 9.º ligero, á la derecha el 32 (el mismo que tan famoso se había hecho en Italia, siempre al mando del coronel Darricau), y después el 96 á retaguardia para sostener todo el movimiento. Hecho esto da la señal, y conduciendo en persona sus tropas las lanza á la carrera contra la infantería apostada á la cabeza del puente. Sufrieron horribles descargas de fusilería y de metralla, pero llegaron por fin con la rapidez del rayo; repelieron por el puente las tropas que le custodiaban, y las persiguieron á pesar del fuego que por todas partes llovía sobre franceses y prusianos juntos. Después de una refriega de algunos instantes llegan al otro lado del puente y entran en la ciudad confundidos con los fugitivos. Empéñase en sus calles un nutrido tiroteo con los prusianos, pero son éstos expulsados de la ciudad en breve cerrándose sus puertas.

El general Dupont sufrió grandes pérdidas, pero se apoderó de casi toda la fuerza que defendía el puente y de su numerosa artillería; sin embargo, la operación no había concluido. El cuerpo de ejército del príncipe de Wurtemberg se mantenía en las alturas al otro lado de la ciudad, y era menester desalojarle para enseño-

(1) Reproducimos la aserción inserta en las Memorias del general Dupont. Podemos asegurar que en estas Memorias, manuscritas aún y de sumo interés, el general Dupont no se muestra detractor del mariscal Bernadotte. Le trata como amigo, como todos los que triunfaron en 1815 cuando la Francia sucumbía.

(N. del A.)

rearse de Halle y del puente del Saale. Dió el general Dupont á sus tropas tiempo para descansar, y después haciendo abrir las puertas de la ciudad dirigió su división hacia el pie de las alturas; los tres regimientos franceses que no formaban todos juntos más de cinco mil combatientes, soportan el fuego de doce mil hombres ventajosamente apostados; avanzan sin embargo en varias columnas con el ímpetu propio de tropas acostumbradas á no retroceder ante ningún obstáculo; el general Dupont al mismo tiempo dirige uno de sus batallones sobre el flanco de la posición, la rodea, y después, así que advierte el efecto producido por esta maniobra, da el impulso á sus columnas de ataque. Sus tres regimientos avanzan á pesar del fuego del enemigo; trepan por las alturas, y al llegar á su cumbre desalojan á los prusianos; empéñase un nuevo combate con el cuerpo entero del duque de Wurtemberg en el terreno que cae al otro lado, pero llega en breve la división de Drouet, y su presencia desanima al enemigo y pone término á sus esfuerzos.

Este glorioso combate costó á los franceses una pérdida de seiscientos hombres entre muertos y heridos, y de cerca de mil á los prusianos. Hicimos á éstos cuatro mil prisioneros; el duque de Wurtemberg se retiró desordenadamente hacia el Elba por Dessau y Vittemberg, apresurándose á destruir todos los puentes, y uno de sus regimientos, que era el de Trescow, que iba de Magdeburgo á reunirse por la orilla izquierda del Saale, fué sorprendido y capturado casi entero; de modo que la misma reserva de los prusianos iba de huida y tan desorganizada como el resto de su ejército.

Napoleón, que había salido de Naumburgo para ver el campo de batalla de Awerstaedt y felicitar por su honrosa conducta al cuerpo del mariscal Davout, sin detenerse apenas pasó á Merseburgo, pasando en su camino por el paraje donde se había dado la batalla de Rosbach. Perfectamente versado en la historia militar, sabía con exactitud todos los pormenores de aquella acción famosa, y envió al general Savary en busca del monumento que se había erigido á su memoria. Descubrióle el general en un sembrado: era una columnilla de sólo algunos pies de altura, cuyas inscripciones estaban ya borradas; un destacamento del cuerpo de Lannes que por allí pasaba se la llevó, colocando sus fragmentos en un arcón que iba de vuelta á Francia.

Napoleón pasó en seguida á Halle, donde no pudo menos de admirar la hazaña de la división de Dupont. Aun yacían en tierra varios muertos de esta división, que no había habido tiempo de enterrar, cubiertos con el uniforme del regimiento 32. — ¡Es posible!, exclamó Napoleón; ¡todavía el 32!; tantos de éstos han muerto en Italia, que yo creía no quedase ya ninguno. — Y colmó de elogios á las tropas del general Dupont.

Los movimientos del ejército enemigo empezaban á escasear. Dirigió Napoleón la persecución según su plan general, que consistía en adelantarse á los prusianos, ocupar antes que ellos el Elba y el Óder, é interponerse entre ellos y los rusos para impedir su reunión. Mandó al mariscal Bernadotte bajar el Saale hasta el Elba, y pasar este río por un puente de barcas, cerca de Barby, no lejos de la confluencia del Saale con el Elba. Mandó á los mariscales Lannes y Augereau, que habían tenido dos ó tres días para rehacerse, que atra-